

La Esfinge

Por Edgar Allan Poe



(Edgar Allan Poe): Durante el pavoroso reinado del cólera en Nueva York, acepté la invitación de un pariente para pasar quince días con él en el retiro de su cabaña, a orillas del Hudson. Teníamos allí todos los medios corrientes de esparcimiento veraniego y entre vagar por los bosques, dibujar, pasear en bote, pescar, bañarnos, oír música y leer hubiéramos pasado el tiempo bastante bien si no fuera por las terribles noticias que nos llegaban todas las mañanas desde la populosa ciudad. No había día que no nos informasen del fallecimiento de algún conocido. Como la mortandad era creciente, nos hicimos a la idea de esperar a diario la pérdida de algún amigo y terminamos por temblar ante la llegada de cualquier mensajero. El mismo aire del mar parecía impregnado del olor a muerte. Aquel pensamiento paralizante llegó a apoderarse de mi alma y no podía apartarlo de mi mente ni alejarlo de mis sueños. Mi anfitrión, de temperamento menos excitable, tenía su ánimo deprimido; aunque se esforzaba por levantar el mío. Su entendimiento racional no se dejaba afectar en ningún momento por fantasías. Se mostraba suficientemente sensible al terror concreto, pero sus sombras no le inspiraban la menor aprensión.

Sus esfuerzos por sacarme del abatimiento en el que había caído quedaron frustrados, en parte, por algunos libros que encontré en su biblioteca. Eran éstos de tal carácter que podían hacer germinar cualquier semilla de superstición hereditaria

que hubiere latente en mi pecho. Había estado leyendo aquellos libros sin su conocimiento y por ello, él no podía entender la intensa marca que habían dejado en mi imaginación. Mi tópico favorito era la creencia popular en los presagios; algo que, en aquella época de mi vida estaba seriamente dispuesto a defender. Sobre este tema sosteníamos largas y animadas discusiones; él calificando de completa sinrazón la fe en tales cuestiones y yo afirmando que el sentimiento popular brotado con absoluta espontaneidad, es decir, sin trazas visibles de sugestión; contenía los inconfundibles elementos de la verdad y era merecedor de todo respeto.

El hecho es que, poco después de mi llegada a la cabaña, me había ocurrido un incidente tan inexplicable y tan portentoso que bien podría haberseme excusado por considerarlo un presagio. Me espantó y me desconcertó tanto a la vez, que transcurrieron muchos días antes de resolverme a comunicar la circunstancia a mi amigo.

Al caer la tarde de un día caluroso, estaba leyendo junto a una ventana que ofrecía la vista de la rivera del río y de una distante colina cuya cara más próxima había sido despojada de la mayor parte de sus árboles por un derrumbe de tierras. Mis pensamientos eran erráticos y oscilaban entre la lectura del volumen que tenía en mis manos y la lóbreguez y desolación de la vecina ciudad. Al levantar los ojos de las páginas y posarlos en la desnuda superficie de la colina, advertí una extraña forma: un monstruo viviente de horrorosa conformación que se desplazó rápido desde la cima hasta el pie, para luego desaparecer en el raleado bosque. En un primer momento dudé de mi cordura o por lo menos del testimonio de mis ojos y pasaron muchos minutos antes de que lograra convencerme que no estaba loco y que aquello no era un sueño. No obstante, cuando describa al monstruo (que vi con claridad e inspeccioné con calma durante todo el tiempo de su avance), temo que mis lectores opondrán más dificultades que yo para dejarse convencer.

Comparando el tamaño de aquella criatura con el diámetro de los grandes árboles junto a los cuales pasaba, aquellos pocos gigantes del bosque que habían escapado a la furia del desprendimiento de tierras, deduje que era más grande que cualquier barco de línea existente. Digo barco de línea porque la forma del monstruo sugería esa idea: el casco de una de nuestras setenta y cuatro naves podría dar una idea muy aceptable de su contorno general. La boca del animal estaba situada en la extremidad de una probóscide de sesenta o setenta pies de largo y aproximadamente tan gruesa como el cuerpo de un elefante corriente. Cerca del nacimiento de esta trompa se veía una inmensa cantidad de pelo negro e hirsuto - más del que hubiesen podido proporcionar las pieles de veinte búfalos- y proyectándose desde aquella pelambrea hacia abajo, por el costado surgían dos brillantes colmillos no muy distintos de los de un jabalí, pero de dimensiones infinitamente mayores. Proyectadas hacia delante, paralelas a la probóscide y a ambos lados de ella, había sendas varas gigantescas de treinta o cuarenta pies de largo, constituidas al parecer de cristal puro y formando dos prismas perfectos que

reflejaban con magnífico fulgor los rayos del sol poniente. El tronco estaba conformado como una cuña con el ápice hacia tierra. Desde él se extendían dos pares de alas -tal vez de cien yardas de largo-, un par encima del otro y ambos densamente cubiertos de escamas metálicas de unos diez o doce pies de diámetro cada una. Observé que las hileras superiores e inferiores de las alas estaban enlazadas por una potente cadena. Pero la principal peculiaridad de aquella horrible criatura era la representación de una calavera, que cubría casi toda la superficie de su pecho y que estaba trazada en un blanco deslumbrante sobre el oscuro campo del cuerpo, como si hubiese sido dibujado cuidadosamente por un artista. Mientras examinaba aquel animal terrorífico, especialmente el aspecto de su pecho, con una sensación de horror y espanto y con un sentimiento de desgracia próxima que no era capaz de reprimir con ningún esfuerzo de la razón; advertí que los enormes maxilares del extremo de la trompa se ensanchaban de repente. De ellos brotó un sonido tan fuerte y expresivo de dolor que sobrecogió mis nervios como un toque de difuntos y mientras el monstruo desaparecía al pie de la colina, caí al suelo desvanecido.

Cuando me recuperé, mi primer impulso fue contar lo que había visto y oído. Pero no puedo explicar el sentimiento de repugnancia que, al final, me impidió hacerlo.

Una tarde, a tres o cuatro días del suceso, estábamos con mi pariente sentados en la estancia desde la que había visto la aparición -yo ocupaba el mismo asiento junto a la ventana y él descansaba reclinado indolente en un sofá cercano-. La asociación de lugar y tiempo me impulsó a darle cuenta del fenómeno. Me escuchó hasta el final. Al principio soltó una carcajada de buena gana para adoptar enseguida una expresión extremadamente seria, como si mi insania fuese algo fuera de toda sospecha. En ese instante volví a ver con toda claridad al monstruo, al que señalé para atraer la atención de mi amigo con un alarido de terror. Dirigió su mirada con ansiedad hacia donde yo le indicaba pero afirmó no distinguir nada, a pesar que le explicaba con minuciosa precisión el recorrido de la extraña entidad, mientras se abría paso por la desnuda cara de la colina.

Entonces me alarmé pensando que aquella visión era un presagio de mi muerte o, peor aún, un ataque de locura. Me desplomé en la silla y durante unos instantes escondí mi rostro con las manos. Cuando descubrí los ojos, la horrible visión había desaparecido.

Mi anfitrión había recobrado en cierta medida su aire calmo y me preguntó sucintamente por la forma del ser imaginario. Cuando le hube satisfecho por completo a este respecto, suspiró profundamente como si se sintiera liberado de alguna carga intolerable y comenzó a charlar con una calma que me pareció cruel: de varios puntos de filosofía especulativa que hasta aquel momento habían constituido tema de discusión entre nosotros. Recuerdo que insistió, entre otras cosas, en una idea: Decía que la principal fuente de error en todas las

investigaciones humanas reside en el riesgo que corre el entendimiento al subestimar o sobrevalorar la importancia de un objeto, sólo por la estimación errónea de su inmediatez o cercanía.

Por ejemplo, para apreciar debidamente -dijo-, la influencia que sobre la humanidad ha ejercido la difusión de la Democracia; podríamos considerar que la distancia de la época en que tal difusión se produjo, constituye un elemento importante en tal apreciación. No obstante *¿Puede usted nombrarme un filósofo que haya juzgado alguna vez digno de discusión ese aspecto en particular?*

En este punto hizo una pausa que duró unos instantes, se dirigió luego a la biblioteca y sacó un volumen corriente de Historia Natural. Rogándome entonces que intercambiara de asiento con él para poder ver mejor los pequeños caracteres del volumen. Ocupó mi sillón junto a la ventana y abriendo el libro, reanudó su plática con el mismo tono de antes.

-Si no hubiera sido por su extrema minuciosidad al describir el monstruo -dijo-, nunca habría estado en condiciones de demostrarle lo que era. En primer lugar permítame leerle una descripción para escolares de la esfinge perteneciente al género Sphinx, familia de los crepusculares, orden de los lepidópteros, una clase de los insectos. La descripción dice así:

“Cuatro alas membranosas cubiertas de pequeñas y coloreadas escamas de aspecto metálico; boca que forma una probóscide enrollada debida a la prolongación de los maxilares, sobre cuyos lados se hallan rudimentos de mandíbulas y palpos pilosos; alas inferiores adheridas a las superiores por pelos tiesos; antenas prismáticas en forma de porra prolongada; abdomen puntiagudo. La esfinge de la calavera ha causado a veces gran terror entre el vulgo por el tono melancólico del grito que emite y por el distintivo de la muerte que lleva en su coselete.”

Cerró el libro y se incorporó hacia adelante, colocándose exactamente en la misma postura que yo había adoptado cuando vi al “monstruo”.

-¡Ah, aquí está! -exclamó luego-. Está volviendo a ascender la cara de la colina y admito que se trata de un ser de aspecto muy notable. Con todo, no es en absoluto tan grande ni tan distante como se lo imaginaba usted. Lo cierto es que, ahora que lo veo reptar subiendo por ese hilo que alguna araña ha tejido a lo largo de la hoja de la ventana, calculo que tendrá un dieciseisavo de pulgada de longitud como máximo y distará otro dieciseisavo de pulgada de la pupila de mi ojo.

FIN